

estaba cimentada y concluida. El rey dirige militarmente una nacion de treinta y siete millones de habitantes. En esta poderosa confederacion los pueblos no han tenido que renunciar ningun derecho de los que ya tenian consagrados por la ley. En cambio, al movimiento unitario se juntará cada dia con más vigor el movimiento constitucional. Despues de haber dicho, con la seguridad que nace de una gran confianza, todos estos progresos de Alemania, añadía que la Confederacion estaba resuelta á cuantos sacrificios fueran compatibles con su honra para conservar la paz de Europa.

En efecto, Inglaterra é Italia representaron en los preludios de esta gran tragedia el papel de mediadoras. Uno de los errores de Francia ha sido comenzar por su cuenta y riesgo la emancipacion de Italia y dejar que concluyera esta emancipacion Prusia, á la cual es deudora Italia de Venecia y del cuadrilátero. Naturalmente, colocada entre dos aliados, la nacion italiana debia trabajar con todas sus fuerzas y con toda esa superioridad política que el mundo entero le reconoce, en evitar la guerra. La nacion inglesa, de cuya decadencia política tanto se ha hablado, como si pudieran decaer fácilmente los pueblos que admiten y practican el principio de libertad, la nacion inglesa ha reivindicado con gloria el arbitraje. Lo más extraño que hay en todo esto es que Rusia presentaba las proposiciones de paz. Todo el mundo creía á Rusia deseosa de la guerra. En un conflicto europeo, cuando la gran nacion de Occidente se desangraba á las orillas del Rhin, la nacion que

sostiene todavía el imperio turco; los moscovitas, siguiendo como una estrella fija el pensamiento de Pedro el Grande, podian acercarse á las riberas del Bósforo y plantar la cruz griega, la cruz de Constantino sobre las torres de Santa Sofía. Acaso en la prevision de este grande suceso habian cedido el Polo americano á los Estados-Unidos para que los Estados-Unidos les prestasen el auxilio de su marina contra la marina de Inglaterra. Nunca se le podia presentar un motivo más justo que la insurreccion de los candiotas; nunca una coyuntura más propicia que la guerra occidental.

Francamente, era extraña la actitud pacífica de Rusia. Acaso midió sus fuerzas y no las encontró proporcionadas á la gravedad de su intento. Acaso conoció mejor que nosotros cuántas cordilleras de obstáculos se levantan entre San Petersburgo y Constantinopla. Los pesimistas no querian creer en la paz. Pretendian que el gobierno francés habia pedido previamente la evacuacion del Luxemburgo. Pretendian que el gobierno prusiano habia sostenido que no evacuaria el Luxemburgo sino á condicion de que el gobierno francés desmantelara otras fortalezas análogas que tiene sobre esa incierta y movediza frontera del Rhin. Pero una nota del *Monitor*, suspendiendo todo armamento, vino á probar cuán segura era la paz. Y la seguridad de la paz se fundó en que las conferencias se restringieron á las proposiciones rusas, y las proposiciones rusas se limitaron á la neutralizacion del Luxemburgo y á la evacuacion de la fortaleza.

## CAPITULO LVI.

### UNA APOSTASÍA.

Desde que la historia moderna comienza, el mundo medita sobre este carácter francés, que ha de ser como el protagonista de nuestra sociedad. César, el hombre, no sólo de las victorias increíbles, sino de las profecías maravillosas, pintaba en sus historias los germanos y los galos con gran cuidado, como si presintiese que los unos iban á matar á Roma y los otros á restaurarla. El espíritu francés nos interesa á todos, porque es la nota, si no más alta, más vibrante del espíritu moderno; y en este espíritu respiran nuestras almas, como en la atmósfera nuestros cuerpos. La lengua francesa, que es de suyo ligera, confunde la palabra espíritu con la palabra ingenio, y hasta con la palabra gracia. Pero yo entiendo por espíritu el carácter general, el alma colectiva de los pueblos. Y reconozco que el espíritu francés tiene luz, armonía, gracia, ligereza, y se volatiliza fácilmente, y se difunde por todas partes, y hay en él un gas sardónico capaz de pegar la risa de los vivos á los muertos; y siendo tan exclusivo de esta tierra, que se extiende

entre los Alpes y los Pirineos, entre el Océano y el Mediterráneo, toma en las crisis de la vida universal, un carácter humano; y siendo tan positivo y á veces tan egoísta, se sacrifica por las grandes causas; y aun se ofrece en holocausto por cosas y personas que no le interesan, por el Preste Juan de las Indias ó como si dijéramos, por el Emperador de Méjico.

Mas, reconocidas todas estas cualidades, ¿quién me llamará apasionado si tambien señalo sus defectos? No conozco ningun pueblo que entienda ménos la libertad ni que ame con más loco amor las organizaciones artificiales y ficticias propias sólo para encadenar la actividad humana. En Francia, el redoble del tambor es como el latido del corazón de todos los ciudadanos. Al fin de cada boulevard un cuartel; junto á Nuestra Señora, la casa de la Oracion, un cuartel; en el Louvre, la mansion del soberano y la mansion del arte, un cuartel; á la puerta del Instituto de Francia dos soldados, y dos soldados tambien á la puerta de cada teatro. El francés

debía llamarse el mónstruo de la vanidad. Yo no conozco ningún pueblo tan vano. Los anglo-americanos tienen la vanidad de sus libertades; los ingleses la vanidad de su riqueza y de su comercio; los italianos la vanidad de sus artes; los alemanes la vanidad de sus ciencias; los españoles la vanidad de su historia; pero los franceses tienen todas las vanidades juntas. Con tal de ser los primeros, les importa poco ser hasta los primeros titiriteros del mundo.

¡Cuántas veces sufren largos períodos de tiranía, en que un hombre dispone á su arbitrio de la vida y de las riquezas de los franceses, á trueque de ver muy alta su bandera, ó de inscribir algún nombre glorioso y retumbante en los machones de sus puentes y en las curvas de sus arcos de triunfo. Y mueren gozosamente por uno de esos juguetes, por una de esas niñerías de los pueblos. Y á pesar de morir tan gozosamente, cuando el pánico se apodera de ellos, huyen veloces ó se entregan resignados. En un ataque acometen como tigres, en una fuga corren como cabras. Nadie ha visto un terror como el terror de la retirada de Rusia. Temían más la lluvia de los blancos copos de nieve, que la lluvia de las rojas balas de plomo. Nadie ha visto una resignación como la resignación de mil ochocientos quince. Abrieron sus filas y dejaron que los caballos cosacos se abrevaran en las aguas del Sena. Se hubieran resignado á perder su nacionalidad, ellos, los mismos que en mil setecientos noventa y tres habían con su furor galo vencido á todas las naciones. Y así hoy, en este período en que escribo, el francés tiene el pánico burocrático. Cree que un empleado del gobierno es dueño de la vida de los ciudadanos. Al antiguo feudalismo nobiliario, ha sucedido el feudalismo oficinesco. Ya no hay castillos, pero hay oficinas. Os habeis tomado el trabajo de nacer, decía Beaumarchais á los nobles de su tiempo, echándoles en cara lo inmerecido de su fortuna. Mas hay ciertamente mucho ma-

yor trabajo en nacer, que en ser nombrado cualquier cosa por un ministro. Y estos nombrados se enorgullecen como los emperadores romanos cuando los nombraban dioses. Y los otros mortales temen á los nombrados como los romanos á sus Césares. La burocratía es la religión nacional de Francia. Lo teme todo, pero también lo espera todo del poder. Tiene el concepto de que el Estado es un cielo, el monarca un Dios, y sus leyes tan divinas como las leyes de la Providencia, y su poder tan extenso y tan fuerte como el mismo poder creador.

Digo esto, porque hay muchos franceses que se engañan, creyendo la libertad un regalo del poder, cuando la libertad es siempre una conquista del pueblo. Y entre estos franceses se encuentra un hombre tan eminente como mi amigo Emilio Girardin, que hoy está desengañado ya de sus ilusiones. Ninguno de mis lectores habrá dejado de oír alguna vez el nombre del escritor de las fórmulas atrevidas, de las ideas nuevas, de los rasgos admirables, de las sorpresas periodísticas, de los triunfos maravillosos, de las suscripciones casi inverosímiles, y de los sistemas sociales casi impracticables. Hoy puede asegurarse que el escritor, capaz de predicar el desarme de Francia á la sombra de los mil cuarteles que tienen como clavadas en el suelo fuertemente las grandes alas de la gran nación, es el primer periodista francés, sobre todo, desde que la muerte ha segado á Armand Carrel, ¡ay! el periodista del sentimiento, á Louis Courier, el periodista ó el folletista de la crónica, á Pedro Juan Proudhon, el genio de la paradoja.

Girardin comenzó tristemente su carrera política. En estos comienzos tuvo un duelo. En el duelo mató á su adversario, á un joven que había luchado por la libertad con espada caballeresca, y con pluma tan cortante como su espada. En la monarquía de Julio, Emilio Girardin estuvo profetizando la República; en la República el Imperio; y en presencia del

Imperio la libertad. Y sin embargo, no es de la madera de los profetas, porque le faltan dos cualidades esenciales, el sentimiento que adivina y la imaginación que canta, toda la escala de las profecías. Para Girardin la sociedad es una máquina, la libertad una mecánica, el fin supremo de la vida la utilidad ó la conveniencia. Sus artículos parecen grandes cálculos, operaciones de suma ó de sustracción, como si el hombre fuera sólo una cifra. En estos cálculos casi nunca entra para nada el primer elemento de la vida, el elemento moral. Quiere convencer á los gobiernos fuertes como el gobierno imperial, á que dejen libre la prensa, porque dice que la prensa nada puede, cuando los gobiernos fuertes, avisados por su instinto de conservación, saben que la prensa, la idea impresa repartida profusamente, llevada en alas del papel desde el palacio á la cabaña, lo puede todo. Es imposible que no conozca esto un escritor que ha dicho: «Yo dejo al poder la facultad de hacerlo todo, con tal que el poder deje á la prensa la facultad de decirlo todo.» Tiene Mr. Girardin demasiado talento para ignorar que es imposible vivir en paz á una prensa como la de Suiza, con un gobierno como el de Turquía.

Y es bien notable que en esta Francia tan apesada de comunismo haya un escritor que aice su frente radiante de luz sobre el nivel de las creencias vulgares, y reivindique fuertemente los eternos derechos de la individualidad. Y sin embargo, hasta en tal esfera, el escritor individualista, por no dejar de ser franco, se contradice. Las personas casi ilegibles, las cosas casi sujetas al Estado, exclama. Todos los derechos naturales al individuo, todos los trabajos públicos y todas las obras públicas al gobierno. Una grande libertad y un gran poder; mucha actividad individual y mucho presupuesto. Es decir, dos términos inconciliables. Y sin embargo, yo digo que Emilio Girardin es el primer periodista de Europa. He creído siempre que es

un gran general aquel que cuenta grandes victorias, como es un gran periodista aquel que llega á conmover grandemente al público. No creo en el talento militar de los generales austriacos, siempre vencidos, ni en el talento periodístico de los publicistas olvidados. Un periódico es como un para-rayos; el mejor, el que más electricidad arranca á los aires y lleva á la tierra. Uno de los errores de Girardin, ha sido creer que el publicista puede como el filósofo permanecer aislado en medio de la sociedad, dominándola sólo por su idea. Todo ministerio político es un apostolado, y todo apostolado una legión. Durante la monarquía de Julio y la República, Girardin estuvo solo. Intentó formar una especie de tercer partido dentro del Imperio dentro de un régimen que casi imposibilita, los partidos. Ya era tarde.

He tenido la honra de ser invitado á uno de los banquetes que da en su casa este hombre dispuesto á reunir á todo París, aun aquellos que de él han maldecido. Un escritor español apenas puede concebir el lujo que despliega Mr. de Girardin, lujo reservado entre nosotros á príncipes ó á banqueros. En la Avenida del Rey de Roma, no lejos del Arco de la Estrella, se levanta el palacio donde el escritor habita. Atravesais una verja; un gran patio, abris una puerta de cristales, subís una escalera alfombrada y cubierta de macetas llenas de varias flores, dejais vuestro abrigo en manos de dos criados vestidos de frac negro y corbata blanca, dais vuestro nombre á una especie de bastonero que está como un maniquí á la segunda puerta con una gran maza dorada, y entráis en la biblioteca del escritor. Imaginaos una inmensa galería llena de armarios, donde se ven millares de libros magníficamente encuadernados; una galería cuyo suelo y cuyo techo son de finísimas maderas, cuyas paredes pintadas de colores vivos, lucen grandes cuadros de todos tamaños, y de antiguos y modernos autores, cuyas ventanas cubiertas de vidrios rayados,

parecen como capillas en las cuales se levantan magníficas estatuas de mármol, y cuyos rincones todos, así como las mesas y los armarios, se hallan materialmente atestados de estatuillas, juguetes, bustos, medallas, copas cinceladas, planos, alhajas, todo lo que puede allegar la riqueza y esparcir el gusto en un ordenado desorden, especie de confusion maravillosa que revela al mismo tiempo un poeta, un anticuario y un publicista. Allí observé el busto de la primera mujer de Girardin, la ilustre Delfina Gai, una de las glorias de la Francia moderna; allí un retrato de sí mismo regalado por el príncipe Gerónimo Napoleon; allí un gran sillón bordado en cañamazo por la mano de Raquel, la gran trágica, que por lo visto manejaba con tanto arte la aguja casera como el puñal trágico. Nada, sino cierta viveza en el mirar y cierta sonrisa inteligente, nada acusa la travesura del escritor. Su conversacion es lenta. No tiene en verdad la lengua tan bien cortada como la pluma. De la biblioteca pasé al salón y del salón al comedor, apartamentos todos de igual magnificencia. Estaban allí Sardou, el autor cómico en boga, Clement Duvernois, el periodista en boga, Emilio Ollivier, el diputado que estaba en vísperas de ser ministro. El autor cómico con su cara rapada, sus pómulos aplastados, sus mandíbulas salientes, su tez blanca ó más bien pálida, su larga melena rubia que le llega hasta los hombros, partida en su frente, me traía á la memoria algunas de las figuras de la corte de Felipe IV., tan admirablemente trazadas sobre el lienzo por la creadora mano de Velazquez; me traía á la memoria figuras de decadencia. Clement Duvernois me parecia una franca naturaleza, un jóven lleno de fuerza muscular y de fuerza intelectual, una especie de alsaciano que une la gravedad alemana á la gracia gala. El orador Emilio Ollivier es uno de los hombres más satisfechos de sí mismo que he visto en el mundo. Antiguo republicano, prefecto de Marsella durante el régimen de 1848, elegido por su oposi-

cion al Imperio, ha quemado todo lo que sus electores le mandaron adorar como el culto de los vencidos, y ha adorado todo lo que sus electores le mandaron quemar en las llamas de la elocuencia. Se conoce, sin embargo, que no en vano ha cometido estas grandes apostasias, pues á todas horas habla de sus desgracias morales y de su impopularidad manifiesta. Tiene el yo satánico tan desarrollado, que cuando se discute un sistema cree que se discute su persona, y á una exposicion de ideas opuestas á las suyas contesta con su historia, y á un argumento con el recuerdo de una accion propia, y en frente de toda la sociedad que le vuelve la espalda, alza su propia personalidad hasta las nubes. Pretende la más singular bellaquería que ocurrirse puede al cacumen más pródigo de ocurrencias, pretende ser un mártir ¡él! un cortesano de la fortuna. En el antiguo régimen no hubiera pasado de fiel de fechos ó de maestro de escuela; en el régimen doctrinario de abogado con pleitos; la revolucion le ha hecho su representante, y él ha recogido esa representacion para darse aires de ministro en el Imperio. ¡Que la historia le sea ligera! Y no creais que os hablo de todo esto por fantasía ó por capricho, no, os hablo porque desde el diez y nueve de Enero en que el Emperador escribió su carta liberal, en la prensa, en el café, en las tertulias, en los bailes, hasta en los omnibus se habla del tercer partido y de su jefe el gran periodista. Este banquete mismo á que yo he asistido, ha dado ocasion á una de esas gracias en que tan fecundos son los franceses, le han llamado el banquero de los girondinos.

Pero he querido describir el escritor y sus comensales para deciros que este hombre, deudor á la prensa de cuantiosa fortuna y universal consideracion, abusa como pocos de la prensa. Su última apostasia solo es comparable á la apostasia de su tocayo Emilio Ollivier. Inauguró el año 1867 con una serie de artículos que se titulaban *Guerra á la*

*Guerra*. En defensa de la paz perpétua agotó los recursos de su ingenio, y cuando estos recursos se agotaron, acudió á su prodigiosa erudicion. De cada escritor célebre, antiguo ó moderno, especialmente de los escritores franceses, extraia sentencias, apotegmas, aforismos en favor de la paz y en contra de la guerra. En su sentir, la guerra no debe condenarse solamente por sus ruinas, sus incendios, sus matanzas, sus atentados á las ciencias y á las artes, sino por su esterilidad para el bien y su prolífica fecundidad de dictaduras insolentes, de Imperios absolutos, de autocracias sangrientas. En cambio, la paz reconcilia los ánimos, convida las inteligencias al estudio, mueve las máquinas, fecunda los campos, siembra y cosecha ricos bienes, y deja por do quier las indelebles señales de la fecundidad inagotable del trabajo, que pule y perfecciona la creacion.

¿Quien no habia de persuadirse á la paz con sus raciocinios, con sus artículos, con sus citas, con sus ejemplos? Pero de la noche á la mañana, cuando todavía estaba fresca la tinta con que trazara sus artículos pacíficos, aturde á París con guerreros artículos. Su cambio fué tan súbito, que sobre la seccion capital del periódico, donde llamaba á las ba-

tallas, veíanse aún las sentencias de los escritores que ensalzaban la paz. Y no predicaba como Proudhon en sus postrimerías la guerra teórica; predicaba la guerra determinada y concreta, predicaba la guerra contra Prusia, la guerra por el Rhin, la conquista como instrumento único para alcanzar la grandeza.

¡La guerra! ¡La guerra! ¿No comprende los peligros que trae sobre su patria? ¿No comprende que si en esa guerra vence Francia se arraiga el árbol del Cesarismo, el mayor de los males; y si es vencida Francia viene la desmembracion de la patria, la mayor de las desgracias? Predicar la guerra en estas condiciones y con esos antecedentes ¡ah! parece-me una demencia, una verdadera demencia. Y yo tengo miedo á ese hombre. Le tengo miedo porque su pluma, criticada por unos, zaherida por otros, es temible para todos. Y levanta grandes pasiones. Y puede levantar la pasion de la guerra en los momentos mismos en que la opinion pública se decide resueltamente por la paz. Así va á recibir la prensa francesa la visita de los soberanos extranjeros, entre el ardor de odio, entre amenazas de guerra.